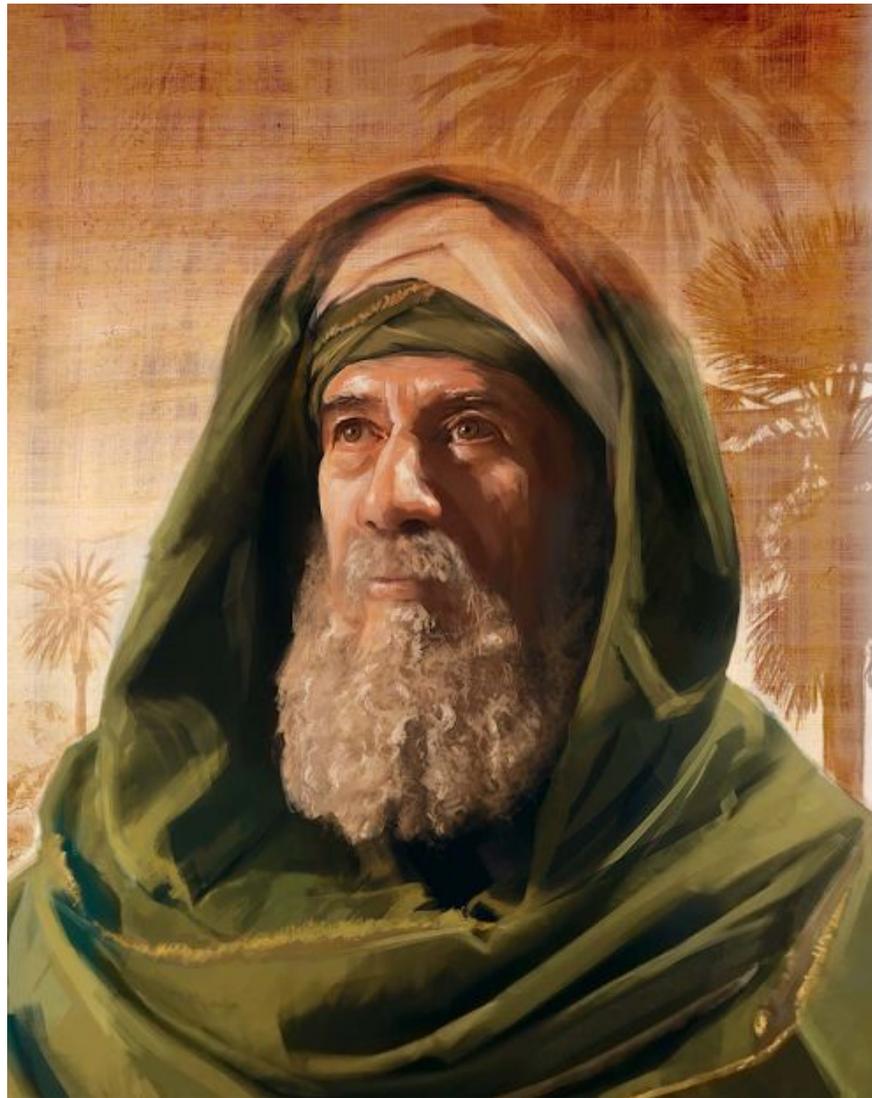


HABLA ABRAHÁN

CARTA DE ABRAHÁN A LOS LECTORES DE SU HISTORIA (GEN 12-25)



Estimados amigos de la Biblia.

He sabido que estáis estudiando mi historia en Gen 12-25 y se me ha ocurrido colarme por una rendija para deciros algo, de modo que no solo habléis sobre mí, sino que también me escuchéis.

Sí, ya sé que esto os extrañará que os escriba una carta, pues hace mucho tiempo que no estoy entre vosotros, pero es que yo mismo soy esta

carta, como padre de los creyentes y mi proceso de fe se refleja en mi persona, siendo referencia para todos vosotros, mis hijos en la fe.

Así pues, ponte cómodo, apaga el aparato que estés utilizando: TV, radio, ordenador o móvil y disponte a leer estas líneas con mucha atención.

Ya conocéis mi historia. La contaron mis descendientes. Y lo hicieron muy bien. ¿Sabéis por qué? Porque fueron a lo esencial: a lo que fue mi proceso interior de fe, que tal como está narrado, refleja y es referencia para todo creyente, de cualquier época. ¡Es un relato fantástico!

Me ha parecido que os puede costar entender mi historia (Gen 12-25) y he pensado en contárosla de un modo más personal y sencillo, para que captéis mejor lo que pasó entre Dios y yo y cómo evolucionó nuestra relación a pesar de mis dudas, perplejidades, frustraciones, quejas, ocurrencias y errores, gracias a la fidelidad de Dios y a su sabia pedagogía.

Yo era un beduino seminómada. Necesitaba tierra donde establecerme e hijos para asegurar mi descendencia y cuidar de mis rebaños. Como a millones de hombres y mujeres que han dejado sus países, cruzado mares y desiertos, fronteras y alambradas para labrarse una vida nueva, también a mí me movía una necesidad, un sueño y unas expectativas: el anhelo de una "tierra nueva".

Después de muchos titubeos, me arriesgué a dar un giro a mi vida y emprender un largo viaje hacia lo desconocido. ¿No es la existencia del ser humano una itinerancia, un constante caminar? ¡Qué incierta, peligrosa y difícil es la vida! ¡Cómo buscamos seguridad! ¡Cómo oteamos el futuro buscando la plenitud que tanto deseamos!

Nadie escapa de ser itinerante: preocupación por el futuro, insatisfacción por el presente y búsqueda de otra cosa, intentos por aquí y por allá, titubeos en el corazón... son formas diversas de itinerancia. ¡El ser humano urgido siempre a ir más allá de sí, a nuevas metas!

Mis descendientes leyeron mi salida en clave creyente, como llamada de Dios que, con voz silenciosa, resonaba en mi interior: "Marcha, vete a donde te mostraré..." Así fue: era Dios quien me llamaba desde mis necesidades y me abría hacia algo nuevo. Dios se servía de mis sueños para salvar a Israel, que todavía no existía, y a toda la humanidad. Yo, un beduino cualquiera, iba a ser determinante para la

marcha de la historia. ¿Cómo podía yo imaginarme que Dios quería hacer de mí un personaje clave? No tenía ni idea de lo que mi decisión de emigrar iba a suponer en los planes de Dios.

Aquel día comenzó una aventura entre Dios y yo. ¡Qué suerte, qué dicha ser elegido por Dios! Pero, al mismo tiempo, ¡qué riesgo, qué vértigo! ¡Vaya jugada me hizo Dios! Yo no tenía ni idea de dónde me metía ni de lo que me iba a suponer.

Emprendí el camino fiándome de Dios. Uno no puede confiar en cualquiera, pero en Dios, ¡claro que sí! Me parecía fácil confiar en él. ¡Qué equivocado estaba! ¡Dios es tan desconcertante! Y a mí, ¡me costó tanto aprender a confiar!

Lo que Dios me prometía superaba todas mis expectativas: una tierra donde asentarme y descansar, una descendencia que prolongara mi nombre y su bendición, es decir, prosperidad. Dios me repitió esa promesa (Gen 12,1-3) otras tres veces (Gen 15,17,22): tierra, descendencia y prosperidad. Me había tocado la lotería; era la realización de todos mis sueños, una vida colmada. ¿No es esto lo que todo ser humano desea?

Pero vivía en conflicto: la promesa de un futuro colmado me atraía, pero lo desconocido me daba miedo. Me costaba dejar el nido seguro de mi casa y me desgarraba el corazón tener que separarme de mis padres. Me estaba jugando el futuro y temblaba: “Dios te promete el cielo, pero no te dispensa de vivir caminos inseguros en este mundo”. Es así.

Salí de mi tierra y me hice peregrino. Mi camino no estaba trazado, pero “ya me lo irá haciendo Dios”, pensaba, sin medir los riesgos. ¡Me parecía tan fácil confiar!, insisto, pero ¡vaya proceso de maduración en la fe tuve que hacer! Nunca lo habría imaginado.

Me desplazaba “de acampada en acampada”. Paraba y seguía, fijaba mi tienda y la recogía. Cosas y lugares eran mías sólo por una temporada. Mi vida pasó a ser provisionalidad, precariedad, camino, como la vuestra.

Por un lado, “itinerancia existencial”, la de todo ser humano: hambre (crisis y desempleo decís vosotros), desplazamientos, inseguridad, búsqueda incesante de medios de subsistencia, conflictos familiares, pactos de conveniencia... Así es la vida real: vivir con los pies en el suelo, resolver los problemas de cada día... y confiar en Dios.

Por otro, "itinerancia espiritual": el reto de todo creyente es confiar en Dios en el incesante combate diario por sobrevivir y salir de los problemas. Dios no me los resolvía sin mí; no me sacaba las castañas del fuego, pese a sus promesas.

Recorrí el país de Canaán, pero sin que yo supiera que esa era la tierra que Dios había prometido darme, y sin dármela. Me la hacía gustar como que a trozos o por una temporada, pero sin poder dejar de vivir como peregrino y extranjero en ella.

"Caminante, no hay camino, se hace camino al andar", dijo vuestro poeta Antonio Machado. Eso es la vida: movilidad. Imposible detenerla, fijarla, organizarla, programarla del todo. Instalas la tienda, pero es tienda: tienes que levantarla y echar a andar, sin nunca poder parar definitivamente. Dios te acompaña, pero de ordinario oculto; el camino lo recorres tú; nadie puede hacerlo por tí.

Las cosas no iban bien: pasaba el tiempo, los años... y ni tierra, ni hijos, ni prosperidad. Hasta que me cabree y me enfrenté con Dios. Lo podéis leer en Gen 15.

Uno se crea tantas expectativas en la vida, pero ¿qué dan de sí? Uno confía en Dios, pero Dios no parece enterarse de lo que uno sufre o anhela. Me impacienté con él y se lo eché en cara: "¿cuándo voy a tener lo que tanto deseo?, ¿cuándo el hijo esperado?, ¿cuándo la tierra? Eres un Dios que defrauda, tus promesas no me valen; mejor será que me busque la vida por mí cuenta, sin contar contigo."

Como respuesta, Dios renovó sus promesas: "¿Puedes contar las estrellas del cielo o la arena de las playas? ¡Así será tu descendencia!" Como si dijera: tú dudas, pero lo que te daré superará todas tus expectativas. No sabía yo por entonces que Dios se hace esperar, que tarda en colmar nuestros sueños, o mejor: que lo hace por etapas, parcialmente y contando con nosotros. Así purifica nuestra fe, nos educa la esperanza y nos abre a horizontes insospechados. Dios me desconcertaba, y eso me intrigaba. Yo hubiera preferido "pájaro en mano que ciento volando", pero me fie de Dios. ¡Cómo me costaba vivir en esperanza y paciencia!

Dios no falló; quien fallé fui yo. No me idealicéis, por favor, no penséis que fui un modelo perfecto; también yo las hice, y buenas. Os contaré algunas. Iba yo por Canaán, pero eran tiempos de hambre. Y

ante la falta de comida para mí, los míos y mis ganados, me olvidé de Dios, dejé la tierra que quería darme y me fui a Egipto.

Pero al entrar en el país, me entró un miedo atroz de que los egipcios me mataran. ¿Qué hice? utilizar lo que tenía a mano para salvarme. Inventé una treta que, al recordarla, me avergüenza y que os horrorizará: entregué a mi mujer Sara al Faraón diciendo que era mi hermana. Con ello no solo permitía que hiciera con ella cuanto quisiera, sino que cerraba el paso a Dios, que quería darme el “hijo de la promesa” mediante Sara. Fue un gesto mezquino, egocéntrico, machista y de falta de respeto hacia ella, lo sé, pero yo solo pensaba en salvar mi pellejo y lo hice a costa de ella. Y no creáis que fue la única vez, hice lo mismo con Abimelec, rey de Guerar.

Dios arregló el desaguñado de un modo sorprendente: ambos se enteraron y me lo echaron en cara. Profundamente humillado tuve que reconocer que, en vez de fiarme de Dios, lo había suplantado para conseguir mis objetivos por mí mismo. Mi fe no llegaba a la altura de mis sandalias.

Pero el hijo tardaba y Sara y yo estábamos envejeciendo, así que buscamos una solución alternativa: que yo tuviera un hijo con Agar, su esclava, a modo de “madre de alquiler”, como decís vosotros. Así lo hice, y tuvimos el hijo deseado sin depender de Dios, pero las cosas se complicaron: tuve el hijo, sí, pero la convivencia entre Sara y Agar, se hizo imposible. Y de nuevo buscamos la manera ¡vaya manera! de resolver el problema: expulsamos al desierto a la inocente Agar y a su hijo, donde morirían de hambre y sed. ¡Qué bruto!, diréis, ¡qué insensible!, ¡qué falta de justicia! Tenéis razón. Ya veis hasta dónde llegué yo, Abrahán, “el padre de los creyentes”.

¡Qué lejos estuve de Dios en aquella época! Substituí la fe por la eficacia inmediata, los caminos y los tiempos de Dios por los míos. Dios tuvo que arreglar otra vez mis chapuzas y salvar a Agar y a Ismael, que volvieron con nosotros.

Lo único que Dios me pedía era: “sé honesto contigo mismo y confía en mí”. Parece fácil, pero es lo más difícil, porque supone dejar el control de la propia vida a Dios, cuando uno preferiría controlarla por sí mismo. ¡Era mucho pedir!

¿Aprendí a confiar en Dios a partir de estos escarmientos? Creo que más que aprender tuve que rendirme, al ver que había gastado todos mis

cartuchos en balde y que Sara y yo éramos ya viejos e incapaces de procrear.

¡Cómo nos hizo esperar Dios! ¡Hasta qué punto estiró la cuerda con nosotros! ¡Tantos años y promesas..., y nada! ¡Qué difícil es confiar en Dios! Pero también, ¡qué buen pedagogo es! Nos deja hacer..., y cuando tenemos la amarga experiencia de nuestro límite y reconocemos que no podemos por nosotros mismos, nos hace ver la hora de Dios y el gozo de los pobres. ¡Qué claro se ve entonces que merecía la pena fiarse de Él!

Hasta que un Dios se hizo nuestro huésped (¡cómo se mete en nuestra vida!) y nos confirmó que tendríamos un hijo. Sara y yo nos reímos. Fue una risa sarcástica y escéptica: “¿A un hombre de cien años va a nacerle un hijo?, ¿Sara a sus noventa va a dar a luz?” La respuesta de Dios nos dejó helados: “¿Es que hay algo imposible para Dios?” Frase para nunca olvidar: cuando el ser humano pierde todas sus esperanzas y ve cerrados todos los caminos, es entonces cuando ha llegado el tiempo de Dios.

Sara concibió cuando llegó la hora de Dios, ni antes ni después. ¡Qué gozo! ¡Qué estallido de alegría! No nos lo podíamos creer. ¡Qué importante es entender que las cosas llegan cuando es “la hora, el tiempo de Dios”! Sara y yo representamos a todos los que Dios, tras larga espera y esperanza quizá perdida, les ha realizado sus sueños y les ha regalado una existencia más fecunda que la que imaginaron, una vida con sentido.

¡Qué largo camino tuve que andar! ¡Qué larga fue la espera entre promesa y realización! Entretanto, constantes constataciones de nuestra esterilidad y repetidas salidas falsas a nuestro problema. Pero, al final, todo contribuyó a mi crecimiento en la fe. Lo reconozco.

Había aprendido a creer en Dios y Dios había cumplido su promesa, pero ahora tocaba “creer en Dios a pesar de Dios”. ¿Entendéis lo que digo? Sucede todos los días, cuando la vida le arrebató a alguien aquello que necesita para vivir, sin lo que ya no puede existir. Fue lo que pasó: Dios me pidió mi hijo, el mismo hijo que él me había dado.

Os podéis imagináis mis pensamientos: “¿Es Dios sádico y despiadado? ¿Cómo puede exigirme lo más entrañable? ¡Es injusto! Toda la vida aprendiendo a confiar en Él y ahora resulta que no es de fiar. ¿Ha sido todo un fantástico engaño? Dios me obliga a pensar mal de Él”. ¡Cuántas personas han pasado por situaciones semejantes!

Muchos años atrás yo había dejado mis padres y mi tierra; ahora Dios me quitaba a mi propio hijo. ¡Qué Dios cruel y desconcertante! Al salir de mi casa buscaba un futuro mejor; ahora Dios cerraba mi única garantía de futuro, mi hijo, cuando creía tenerlo al alcance de la mano tras largos años de anhelo y espera. “Señor, grité, ¿Por qué me llevas más allá de lo que puedo soportar? Siento mis entrañas reventar de dolor.”

Entiendo que esto os choque, pero es lo que sucede, insisto, todos los días: padres felices que pierden a sus hijos, a menudo de repente. Tanta gente que se queda sin lo que más ama, sin lo que consiguió tras largos años de bregar, esperar y que les parece irrenunciable: amor, familia, salud, trabajo... ¡La vida pone a prueba, hasta el extremo, a tantos...! Para personas que pasan por eso, precisamente, se escribió mi historia.

Yo, como creyente, veía a Dios detrás de todo: lo había visto en el nacimiento de mi hijo y lo veía también en su muerte, aunque ahora, en una situación tan desgarradora, me sentía tentado a pensar lo peor de Dios y abandonarlo. Yo Abrahán, ante la pérdida de mi hijo, me preguntaba: ¿puedo seguir confiando en Dios?

La Biblia no oculta mi conflicto entre mi amor paterno y Dios, pero, no sé cómo, me sentía arraigado en Dios y mi fe no se tambaleaba. Aquel “¿Es que hay algo imposible para Dios?” resonaba en mi interior con fuerza inaudita. ¡No podía dudar, aun en medio del más dilacerante dolor, de que Dios sabía lo que hacía!

En el pasado había dejado mi patria, mi parentela y mis raíces; ahora iba a perder a mi único hijo, y con él, mi futuro..., pero prevalecía en mí la confianza en Dios. Tras buscar tantas veces caminos propios, sin fiarme de Él, ahora sentía dentro de mí una fuerza que me permitía caminar en la más absoluta tiniebla, guiado sólo por la fe en Dios.

Caminé tres días con mi hijo en denso silencio, con un nudo en la garganta y una terrible oscuridad en el corazón, como tantos penosos silencios en las vidas de muchos humanos. Tan sólo una secreta luz interior y una inapagable esperanza en un Dios desconcertante me guiaba: “Dios proveerá...”, le dije a mi hijo, “es fiel, me dio su palabra, no me fallará. Por caminos que sólo Él sabe, cumplirá su promesa”.

Tuve que “creer en Dios a pesar de Dios”. En aquel momento yo no sabía que Dios no quería el sacrificio de mi hijo, tan querido, sino probar y acrisolar mi fe. Hasta que, en el momento más crítico, resonó su voz:

“Abrahán, Abrahán, he visto lo que hay en tu corazón y ahora me dejas ver”. He visto que me tomas en serio, que te fías de mí, que ya no te resistes, sino que te abandonas en mis brazos como un niño en brazos de su madre.

En aquel momento la oscuridad se me volvió luz deslumbrante y la angustia alegría desbordante. Mi corazón encogido y arrugado saltó dentro de mí, se expandió y ya no me cabía dentro. Loco de gozo grité: “Dios no me ha evitado pruebas y oscuridades, pero es luz; es desconcertante, pero es de fiar”.

Por eso, en recuerdo de aquel momento, llamé a aquella montaña: “Yahvé provee”. Dios se me había vuelto luminoso y radiante. Nunca jamás Dios había querido mi mal; siempre y en todo lugar, pasara lo que pasara, había estado conmigo y me había enseñado a confiar en él, a vivir de fe.

Esta es mi historia. Espero que os haya gustado y, sobre todo, que os sea útil para vivir vuestra fe.

¡Demos gracias a Dios!

Un gran abrazo a todos.

Abrahán, patriarca de Israel